

tribuna libre

La matriz eléctrica y la emisión de GEI: ¿conviene adelantar medidas?



Susana Jiménez



*Chile es un país limpio en producción
energética y poco contaminante
en términos relativos*



■ **MUCHO SE** debate por estos días respecto de la necesidad de enfocar la política energética hacia una generación eléctrica más limpia. Se dice que ello resulta inevitable, considerando que el modelo actual no recoge las externalidades negativas (asociadas a la emisión de gases de efecto invernadero, GEI) y que el mundo se volverá cada vez más exigente en esta materia, lo que podría traducirse en mayores costos, dada la reducción de emisiones que se requerirían en el futuro, y en una menor competitividad de nuestras exportaciones (por la huella de carbono).

Este argumento es razonable y, difícilmente, se podría argumentar que una matriz más limpia no sea deseable. Sin embargo, no es posible abstraer del debate el tema de los costos asociados y la conveniencia de anticipar medidas sobre las cuales aún no existe consenso ni siquiera en el mundo desarrollado. Cabe, pues, plantear algunas reflexiones.

Primero, Chile es un país limpio en producción energética y poco contaminante en términos relativos. En efecto, nuestro país aporta con apenas un 0,25% de las emisiones mundiales de GEI. Adicionalmente, las emisiones por habitante también son relativamente bajas (4,35

toneladas de CO₂ vs. 10,61 de la OECD, ambos al año 2008). Esta menor emisión relativa responde a que efectivamente Chile tiene una matriz limpia, producto de la fuerte presencia de energías renovables.

Segundo, existe incertidumbre sobre cómo funcionará el régimen después de concluido el compromiso adquirido bajo el Protocolo de Kioto (año 2012), aunque sin duda aumentarán las presiones para descarbonizar las economías de nuestro planeta. Es así como las negociaciones post-Kioto podrían efectivamente traducirse en una exigencia de reducción de emisiones, basado en los niveles de contaminación de ese momento. Lo anterior podría sugerir, desde un punto de vista netamente económico, que nos conviene una estrategia de stand by, puesto que cualquier esfuerzo actual no sería reconocido al momento de imponernos

las exigencias de reducción de emisiones, redoblando el costo del esfuerzo futuro necesario para cumplir con dichas exigencias.

Tercero, en el proceso de negociación post-Kioto, es factible y razonable que los países en desarrollo sean menos exigidos en materia de reducción de emisiones que los desarrollados. Es decir, si bien es previsible que todos estemos requeridos para reducir los GEI, las exigencias debieran ser menores para los países en desarrollo que para los países desarrollados, quienes, en el proceso de convertirse en tales, generaron la acumulación actual de contaminantes. Es más, quienes se oponen al crecimiento económico en base a fuentes más económicas, pero también más contaminantes, debieran estar dispuestos a financiar la diferencia de costos que significa generar energía mediante energías no tradicionales.

En este contexto, es válido debatir respecto de si Chile debe o no avanzar hacia la autoimposición de restricciones o si debe anticiparse en la penalización de la emisión de GEI, considerando que gigantes como China y Estados Unidos aún no lo han hecho. Al respecto, cabe recordar que Chile no sólo no es intensivo en generación termoeléctrica en términos relativos, sino que, ciertamente, no necesita ser más limpio todavía a costa de imponerse costos adicionales que encarezcan más nuestra energía.

Economista senior Libertad y
Desarrollo